

## PAMPLONA Y HEMINGWAY, UNA HISTORIA

### INTERMINABLE

José Miguel IRIBERRI RODRÍGUEZ

jm.iriberri@diariodenavarra.es

**U**n apunte sobre la relación de la ciudad con el escritor, entre la admiración, el reconocimiento, la gratitud y una corriente de desprecio.

En su glosa a la ciudad de 28 de junio de 1946, en vísperas ya de la Víspera sanferminera, Ángel María Pascual escribe "con este título *-Fiesta-* ha llegado a nuestras librerías una novela norteamericana. Su autor es Ernest Hemingway, está editada en Buenos Aires y el nudo de la acción transcurre en Pamplona y en unos Sanfermines de hacia 1925". A Pascual no le ha gustado el libro del futuro premio Nobel. "Hemingway -sigue la glosa- tiene prestigio en la literatura norteamericana. Pero conseguirlo debe de ser allí muy fácil, porque *Fiesta* exhala una idiotez inimaginable. Cuando quiere presentar un diálogo irónico hay que bostezar sin remedio".

Por entonces, tal vez más tarde, se desata en Pamplona una corriente de opinión, rotunda

como el hormigón armado, que imputa a Hemingway todo lo malo, y sobre todo lo peor, que ellos anotan de las fiestas. "Sus fiestas", naturalmente. Todavía hoy sientan cátedra callejera no pocos ciudadanos que se duelen del pecado original norteamericano de *Fiesta*, con la seguridad que les da, en la mayoría de los casos, el hecho de no haber leído la novela. Sin embargo, la aguerrida infantería contra Ernest Hemingway no nace de las glosas de Ángel María Pascual porque el genial escritor pamplonés (y de Pamplona) señala en su demoledora crítica de la novela que "lo único terriblemente serio en ese ambiente es Pamplona, con su Plaza Mayor, su Paseo de anochecer y su Catedral, donde el protagonista tiene, al fin, que arrodillarse". Y aún añade que "a pesar de la inconsciencia de Hemingway, nuestra ciudad y, en general, la montaña de Navarra están bien descritas".

### **E** L BUSTO Y "LA CONTRA"

Odiado y amado Hemingway. Admirado y despreciado Hemingway. Pero el tiempo ha jugado a favor del escritor. El tiempo y la ciudad, diríamos que el Cuerpo de Ciudad, que ya en 1968 le dedicó un busto de granito, con la cabeza de bronce, colocado cerca del callejón del encierro, que viene a ser una declaración de reconocimiento y gratitud: "Ernest Hemingway, Premio Nobel de Literatura, amigo de este pueblo y admirador de sus fiestas, que supo describir y propagar. La ciudad de Pamplona. San Fermín 1968". En 1999, centenario del nacimiento, el ayuntamiento editó una completa *Guía Hemingway* en la que, entre otros trabajos, destacan los capítulos de José Antonio Iturri sobre la vida del escritor, su obra y la Pamplona de su tiempo. Y en los últimos años hemos podido ver exposiciones sobre la literatura del escritor norteamericano, sus premios Pulitzer y Nobel, sus nueve Sanfermines entre 1923 y 1959, su vida, sus aventuras.

Por la calle de la Estafeta, Hemingway es un apreciado reclamo comercial. Incluso fuera y lejos del escenario de la fiesta, en uno de los



*Pamplona 1925: con los amigos que inspiraron "Fiesta". De izda a dcha, el escritor Lady Duff Twysden, Hadley Hemingway y H. Loeb.*

## Firmas en fiestas

barrios -el de Azpilagaña- por donde la ciudad se va a la Comarca, un bar lleva su nombre. Pero los de "la contra" dieron con un filón en Hemingway -no en *Fiesta*, que ignoran- para presentarse como defensores de las esencias sanfermineras, la pureza del rito y la legalidad de la costumbre, faltaría más. Evidentemente, el maldito visitante fue el irresponsable creador de coplillas que, traducidas del inglés, cantan cosas como "si son borrachos que sean, a nadie le importa nada", "pobrecitos los borrachos que... Dios los tenga en su gloria por haber bebido tanto", o, en fin, la de Gabino, ay Gabino, "cómo te vas a poner con la botella llena vino".



Pamplona 1926: en la Plaza del Castillo con sus amigos.

Fueron las canciones compuestas por Ernest, o como se llame, las que llenaron de alcohol nuestras fiestas, hasta entonces pura gaseosa de Armisén y en pequeñas cantidades, nada de derroches ni exageraciones en lo tocante a la andorga. Con él, a su rebufo, llegaron de turistas lo peor de las aldeas globales, antes incluso de la globalización. Y los causantes de los montones en el callejón. Y los provocadores del mal tiempo a las horas señaladas del programa. Con él llegó el escándalo. Todo por culpa de *Fiesta*, la novela que de ninguna manera iban a leer, ni hartos de gaseosa, porque no hacía falta ni mirarla en el escaparate para cerciorarse de que en trinito-tolueno puro en papel de imprenta.

En algunas de sus literarias ventanas de Diario de Navarra, José María Romera arremetía contra este tipo de pamplonés que "ha de declararse enemigo de Hemingway desde que alcanza el uso de razón, y a partir de ahí no permitir que nadie le lleve la contraria". Gente que condena al Nobel "en juicio sumarísimo por los delitos de incitación a la invasión sanferminera e injuria novelesca". A Romera le duele el desprecio de *Fiesta* y la

escasa lectura de la obra en Pamplona, porque estamos ante "una novela ambiciosa, exigente y sólida, fruto tanto de la experiencia vivida como de la disciplina literaria". Y la coloca "sin ningún género de dudas" entre las grandes obras de la narrativa.

### A FIESTA DE 1959

Sin embargo, la relación del Nobel y Pamplona estaba cambiando notablemente. Desde su Gallo de San Cernín, Ollarra (José Javier Uranga) también lamenta la escasa lectura de *Fiesta* y la manía persecutoria contra el escritor. En su artículo de 2002, Uranga recuerda los Sanfermines de 1959 en los que, junto con unos amigos-entre ellos José María Iribarren-compartió mesa con el escritor y su esposa. "Llegó a Pamplona con el premio Nobel, entre amigos y admiradores" y una chusma "en la que había de todo". "Disfrutó a fondo de las fiestas-recuerda Uranga-, almorzó en Marceliano, comió en Las Pocholas y estableció su cuartel general en el bar Choco, donde firmaba autógrafos rodeado de periodistas, fotógrafos y curiosos". Y una anécdota: "el ayuntamiento le homenajeó en el palco. Llegó tarde a la plaza, con camisa de cuadros y una gorra blanca. Venía del Irati. Fue este año cuando Hemingway fue realmente conocido y popular".

Sanfermines de 1959. Valerie Danby-Smith es una joven periodista irlandesa que acaba de conocer a Ernest Hemingway en Madrid, en el curso de una entrevista. El escritor le invita a pasar unos días en Pamplona, en fiestas. Valerie no lo duda. Acepta la invitación para acompañarle. No podía imaginar que ya no se separaría nunca de él. Tras el suicidio del escritor en 1961, ella seguiría unida a la familia por la amistad con Mary, la esposa, y por su matrimonio con un hijo del Nobel, Gregory.



Pamplona 1956: en el restaurante Las Pocholas.



Pamplona 1953: en la Plaza de toros, durante la corrida de toros.

En 2005, Valerie Danby-Smith publica el libro *Correr con los toros. Mis años con los Hemingway*. La periodista, que sale en una fotografía sentada junto al escritor en la terraza del bar Txoko, se siente impresionada "por el frenesí del gentío, los cantos y los bailes y el palpitar de la estruendosa música" mientras la ciudad "bulle de turistas que vienen atraídos por el romanticismo de *Fiesta*". De la impresión pasa a la depresión. Se va en dos días. Veía a Hemingway "constantemente cercado por peticiones para firmar autógrafos y posar para fotografías", al tiempo que hacía de "anfitrión impecable para quien fuera (...), bebía, cantaba, comía, bailaba, contaba historias". Pronto comprobó lo que confesaría tras el final de 1961, que "solo en su ausencia pude apreciar la intensidad de su presencia", que "a su alrededor cobraba vida, fuera para bien o para mal".

Yo no estaba entre los que se fotografiaban con el escritor en la terraza del Txoko o en la del Iruña en aquellos Sanfermines de 1959.

Pero lo vi al menos una vez. Por entonces hacía el bachillerato en el instituto Ximenez de Rada y fuimos a ver aquel espectáculo literario de la Plaza del Castillo. Hubiera preferido, la verdad, que se tratara de Bécquer, sentado en un banco de la plaza, solo y triste, rodeado de golondrinas celestiales y decimonónicas. Imposible, claro: en la plaza no había un banco libre para la soledad romántica del poeta.

En las fotografías, que hoy son documentos de archivo, Ernest Hemingway sale con cara de satisfacción. Debe de sentirse mirado y admirado, si bien alguno de los admiradores no pone los ojos en él, sino en la cámara: está posando para la posteridad junto al escritor que tuvo el genio literario de unir estas pocas, pero definitivas palabras: "*El domingo 6 de julio a las doce del mediodía explotó la fiesta. No hay manera de expresarlo*". El escenario había cambiado. A él también le gustaba tomar un café en el Iruña sentado en "cómodos sillones de mimbre, contemplando a la fresca de los soportales la amplitud de la plaza", pero el 6 -sigo leyendo la novela-, "los veladores de mármol y sillones de mimbre pintado de blanco habían desaparecido. En su lugar había mesas de hierro forjado y duras sillas de tijera. El café era como un barco de guerra listo para entrar en combate".

Días después, el barco se hunde en el silencio de una plaza desierta, abandonada por los Sanfermines. Hemingway se sienta a tomar un café para desayunar y observa a un camarero con delantal azul que arranca de las columnas de los soportales los carteles anunciadores del desencajonamiento de los toros o los horarios de los trenes especiales, "para frotar después con agua los restos que se quedaban adheridos a la piedra. La fiesta había terminado". Verdaderamente, tampoco hay otra manera de expresarlo. En opinión de José María Domench, editor y escritor, di-



## Firmas en fiestas



*Pamplona, años 50: firmando un autógrafo en la Plaza del Castillo.*

vulgador brillante de las tradiciones y fiestas en Navarra, "Hemingway se quedó enamorado de la fiesta y atraído de una manera vital e irremediable por los encierros y las corridas de toros".

### CARTA A UN AMIGO

El Nobel había hecho planes para los Sanfermines de 1961. El hotel La Perla, las entradas de los toros, los amigos. Todo le esperaba en Pamplona. No vino. Escribió el final de la novela de su vida con una escopeta. El 11 de julio de ese año, en la capilla de San Fermín, los amigos del "ilustre hombre de letras, premio Nobel", rezaron en una misa por el eterno descanso de su alma.

Nueve Sanfermines y una misa funeral en Sanfermines. Sin embargo, Hemingway vuelve a Pamplona un año sí y el otro también. Y el siguiente, desde luego. Porque se cumplen tantos años de su nacimiento, de su muerte, de cada uno de sus viajes, de sus libros, de los sucesivos apuntes biográficos. Al paso de los años, hemos convertido al escritor en una parte de la programación, en un recurso, quizás en una manía. Doblamos una esquina de las fiestas y caemos en el recuerdo de Hemingway.

*Pamplona 1959: celebrando la fiesta en la terraza del Bar Txoko, en la Plaza del Castillo.*



Yo me lo he topado muchas veces en mi oficio de periodista. Y en ocasiones lo buscaba. Siempre lo he pasado muy bien con él. Como hoy, en estas páginas de *Pregón*.

En la presentación de su libro sobre el Nobel, Miguel Izu contaba que lleva años escribiendo de Sanfermines y se había encontrado continuamente con Hemingway. "Podríamos llamarle patrón bis de las fiestas", decía. Verdaderamente. Hemingway, Joshemiguelerico, Caravinagre, Turrillas, Paulina, La Pamplonesa...

Buena compañía para el titular de la capilla.

En una carta de 1950, Ernest Hemingway le cuenta a un amigo que, si tiene la suerte de haber vivido de joven en París "luego París te acompañará, vayas a donde vayas, todo el resto de tu vida, ya que París es una fiesta que nos sigue". La fiesta de los Sanfermines también siguió al escritor. O, al revés, él persiguió la fiesta de los encierros y las corridas de toros. París no se acaba nunca, escribe al final del libro que lleva precisamente ese título: *París no se acaba nunca*. Porque el recuerdo de cada persona que ha conocido la ciudad y la ha vivido "es distinto del recuerdo de cualquier otra".

Desde su primera visita en 1923, Pamplona no se acabaría nunca para Hemingway. Y Hemingway nunca se acaba en Pamplona para cuantos le recordamos. De eso no se libran, no pueden librarse, sus pertinaces detractores del otro siglo, hoy en cuarto menguante. ■